

BENITO PÉREZ GALDÓS, EL CANARIO MÁS UNIVERSAL

*El estreno de "Electra" * La literatura como enseñanza*

CAPITULO XIV

"ELECTRA"

El estreno.— Noche inolvidable.— Cómo escribió la obra.— Luchas enconadas.— Vicisitudes que las compañías sufrieron.— Una crisis ministerial.— La campaña clerical.— El dinero de un beneficio.— "Electra" en el extranjero.

El estreno de *Electra* fue quizás el suceso de más resonancia de la vida de D. Benito Pérez Galdós.

De ahí, que le dediquemos capítulo aparte.

El ilustre dramaturgo nos facilitó curiosas noticias relacionadas con la célebre obra, nos refirió punto por punto cómo la escribió, qué propósitos le animaron a hacerla, qué serie de vicisitudes atravesó su famosa comedia por los teatros de España, y nos habló tanto, en fin, de *Electra*, obra en la que están concentrados todos sus cariños, que no sería suficiente una simple referencia para dar a conocer al lector el proceso de aquel memorable estreno.

Así, pues, reflejaremos lo que Galdós nos dijo con exacta, con absoluta fidelidad.

Escribió *Electra* en un verano en su casa de Santander. Allí la dejó terminada y cuando al finalizar la estación vino a Madrid, dedicó unos días en la casa de la calle de Hortaleza, donde tenía la administración de sus obras, a hacer las últimas correcciones en la nueva producción dramática.

El día 7 de enero de 1901 leyó *Electra* a la compañía del teatro Español que comenzaba entonces a actuar bajo la dirección artística del ilustre crítico y poeta don Federico Balart.

De esa compañía formaban parte, entre otros distinguidos artistas, Paco Fuentes, Ricardo Valero y Matilde Moreno.

Antes había hecho en dicho teatro una brillante campaña la compañía de María Guerrero, y el día que llegó el insigne novelista al coliseo de la Plaza de Santa Ana, aún estaban empaquetando el vestuario y atrezzo los sirvientes de la ilustre actriz.

María Guerrero se encontraba también en el Español, y al ver entrar al fecundo escritor, le dijo: "Bien caliente dejó el teatro, D. Benito. A ver si usted no lo enfría".



Galdós sonrió amablemente, con esa sonrisa bondadosa del gran maestro.

La lectura de *Electra* no dejó bien impresionados al director artístico ni a muchos de los comediantes. Apreciaron, sí, el mérito literario de la obra, pero no abrigaron grandes esperanzas con respecto al éxito.

Comprueba esta afirmación, el siguiente detalle:

En algunos ensayos habló D. Benito de corregir algunas cosas, y convencido D. Federico Balart del dudoso éxito de la obra, contestó a Galdós: "Déjelo así, porque de todas maneras ha de ser igual". Y con esto, el célebre poeta expresaba claramente su pesimismo.

Pero se equivocó Balart y se equivocaron todos los que como él habían pensado.

El día 29 de enero de 1901, la noche antes del estreno, se hizo en el teatro Español, por primera vez en España, lo que se venía haciendo habitualmente en Francia, un ensayo general con asistencia de numerosas y distinguidas personas que previamente habían sido invitadas.

En aquel ensayo, que tuvo todos los caracteres de una pública representación, se marcó el gran éxito que después obtuvo la obra, y los concurrentes salieron altamente complacidos.

En la noche del 30 de enero se verificó el estreno. El teatro presentaba aspecto brillantísimo; todas las localidades estaban ocupadas y en palcos y butacas se veía a lo más saliente del Madrid literario y artístico. Arriba, en las galerías y en el paraíso, se apretaba el pueblo anhelante de conocer y de aplaudir la nueva producción de su gran literato, del escritor que mayores entusiasmos y más intensas sensaciones le sabía despertar.

La expectación crecía de minuto en minuto. Los anuncios que se habían hecho acerca del éxito, los juicios que sobre la obra habían anticipado algunos, los comentarios de la prensa liberal que ayudó grandemente al estreno y la pasión política que había comenzado a exteriorizarse en los periódicos clericales, despertaron el interés del público de tal forma, que en el teatro Español se respiraba aquella noche el ambiente de los grandes acontecimientos.

Se alzó el telón y comenzó la obra entre un silencio profundo. Desde las primeras escenas se despertó el entusiasmo en el público y al acabar el acto las aclamaciones a Galdós se sucedieron ruidosas. De arriba, de las galerías, bajaban los aplausos en ova-



ción cerrada para dejar a los pies del ilustre dramaturgo la ofrenda del pueblo.

La obra siguió en triunfo. Durante los restantes actos se repitieron las aclamaciones y el éxito fue creciendo de una manera rápida, vigorosa, definitiva.

Fue una noche inolvidable. Al terminar la representación, parte del público penetró en el escenario para felicitar a Galdós, mientras en la calle, frente al coliseo, una gran masa se estacionaba esperando la salida del autor para rendirle un nuevo homenaje.

Y así fue, en efecto. Al salir D. Benito, el público le aplaudió con entusiasmo y le acompañó después hasta su casa, en la calle de Hortaleza, aclamándole sin cesar.

A propósito de este homenaje del pueblo, consignaremos un curioso detalle:

En una de las calles de Vallehermoso vivía un sastre, gran admirador de D. Benito. Este sastre, que sufría una cojera bastante pronunciada, se reunía con frecuencia, para leer obras del insigne literato, con algunos de sus vecinos, también entusiastas decididos de la ilustre personalidad de Galdós. El día del estreno de *Electra*, no pudieron asistir a la representación, por no haber llegado a tiempo para adquirir localidades, pero deseosos de tomar parte en el homenaje que seguramente el público había de tributar al gran escritor, se fueron a la puerta del teatro para conocer el resultado del estreno.

Al acabar éste y organizarse la manifestación que acompañó a D. Benito hasta su casa, formaron en ella, llenos de júbilo, el sastre y sus acompañantes. Aclamando a Galdós, aplaudiéndole con entusiasmo cruzaron mezclados entre la multitud por la calle del Príncipe, Carrera de San Jerónimo, Puerta del Sol y calle de la Montera. Al entrar en la de Hortaleza, el aludido sastre iba ya rendido a causa de su cojera y causábale gran trabajo seguir a la manifestación. Hacía supremos esfuerzos por no quedarse atrás, redoblaba sus energías para continuar la marcha, pero como todo su vigor habíalo agotado, se apagaron en sus labios los vitores al insigne dramaturgo, faltó ya casi de aliento. Alguno de sus acompañantes advirtió el silencio en que avanzaba el sastre; y sorprendiéndole que no continuase vitoreando y aplaudiendo, le dijo:

—¿Pero qué te pasa que no das vivas a Galdós?

El sastre detúvose un instante para poder hablar, y cuando pudo hacerlo exclamó frenético:

—¡Que viva Galdós, pero que viva más cerca!

El País publicó al día siguiente un precioso número dedicado por completo al autor, con las opiniones que “*Electra*” había merecido a las personas más salientes y distinguidas que asistieron al estreno.

La segunda noche nevaba copiosamen-

te, pero tan ruidoso había sido el éxito alcanzado por *Electra*, que el público, despreciando la baja temperatura que reinaba y sin temor a la nieve que cubría el suelo, llenó el teatro.

¿Para qué relatar el triunfo que la segunda representación obtuvo? Baste decir que se repitió el éxito de la primera noche. Y de tal forma creció el interés del pueblo por conocer la obra, que el tercer día estaban vendidas todas las localidades para las siete siguientes representaciones. Ochenta alcanzó consecutivas, más veinte que se dieron después en el teatro de Novedades.

—La Prensa y el público —nos dijo D. Benito— tomó con mucho calor el estreno de *Electra*, cosa que hoy ya no pasaría, pues los entusiasmos populares se van apagando bajo la presión de las campañas jesuíticas y las obras son intervenidas por esos elementos que pesan sobre el pueblo como losa de plomo.

“Creo que la literatura debe ser enseñanza, ejemplo; yo escribí siempre con el propósito de marcar huella”

Entonces se dijo —añadió— que yo había aprovechado el suceso de la señorita Ubao, que tanta sensación produjo, para escribir mi obra; pero esto no es cierto. Cuando yo comencé a hacer *Electra* en mi retiro de Santander, nadie podía imaginar que tal asunto viniera a conmover a las gentes. El escándalo de la señorita Ubau, ocurrió meses después, cuando yo ya tenía terminada mi obra. Así pues, *Electra* coincidió únicamente con aquel suceso, como coincidió también con los que se registraron con motivo de la boda del infante D. Carlos con la princesa de Asturias. Ahora bien, todo eso junto dio origen a que hicieran de *Electra* una cuestión política y estallaran las manifestaciones populares que produjeron la caída del Gobierno.

Azcárraga era el presidente del Consejo, Ugarte, ministro de la Gobernación y el conde de Toreno, gobernador civil. A este Gabinete conservador sustituyó otro liberal presidido por Sagasta.

Todas las compañías que actuaban en provincias —siguió diciéndonos D. Benito— hicieron enseguida *Electra* y con motivo de sus representaciones se fueron extendiendo por España las luchas que estallaron en Madrid entre los liberales y neos. Estos últimos hicieron a mi obra una guerra denodada, alentados por su pasión y por su intransigencia. En Toro intentó estrenar *Electra* la compañía que dirigía el primer actor Aguado. Pero antes de comenzar la obra tuvieron que salir escapados todos los artistas para no ser víctimas de las violencias de los clericales. En Santiago de Galicia, la compañía de Carmen Cobeña y Emilio Thuiller, que fue al teatro de aquella

población con el propósito de estrenar *Electra*, no encontró donde alojarse. Varios de los artistas que la formaban, tuvieron que pasar la noche en la calle. Tal era la campaña emprendida por los neos para evitar, o dificultar por lo menos, las representaciones de mi obra. En otras muchas poblaciones, el día que se anunciaba el estreno de *Electra* organizaban los clericales jubileos y procesiones, para restar público a la representación. Hasta desde el púlpito y desde el confesonario se hizo ruda campaña contra mi producción dramática.

Al llegar a este punto, hizo D. Benito una pausa. El recuerdo de aquellas luchas producía cierta tristeza, mezclada con desdén. Luego sonrió levemente y continuó diciendo:

—Y vean ustedes lo que son las cosas. Al llegar *Electra* en el teatro Español a la sesenta representación, me dieron un bene-

ficio que resultó brillantísimo y de buenos resultados. El producto de la fiesta se lo entregué íntegro a D. Alberto Aguilera que era alcalde de Madrid y a D. Antonio Barroso que desempeñaba el cargo de gobernador civil de la provincia, para que lo repartieran entre los pobres. Hecho el reparto, Aguilera y Barroso me enviaron los recibos que acusaban la forma en que se había realizado y resultaba de ellos que la mayor parte de los donativos se habían entregado a las monjas. La obra no la querían, pero el dinero que ella había producido lo aceptaron con gratitud.

Electra fue traducida a todos los idiomas, y los periódicos de diversas naciones comentaron extensamente su estreno en Madrid y las luchas que en España había producido.

Dos años después de estrenada en Madrid, se representó con éxito grande en el teatro de la Port de Saint Martin de París, alcanzó 180 representaciones consecutivas. Después se extendió por los teatros de toda Francia y Bélgica. En Roma obtuvo buen éxito. Ahora ha sido traducida al griego y en breve será estrenada en Atenas.

En Buenos Aires despertó *Electra* tal expectación, que la estrenaron tres compañías a la vez, dándose el caso, que aquí parecería inaudito, de representarse el jueves y viernes santo, por tarde y noche. El número de representaciones que alcanzó en los teatros de América, fue enorme.

Belloso, un amigo de Galdós, que se encontraba en Buenos Aires, llevó la cuenta de lo que hubieran producido al gran novelista las representaciones de *Electra* en



aquellos países, de haber abonado los teatros al autor los derechos que le correspondían, y del cálculo resultaba un producto de doscientas mil pesetas oro. Pero como no existía tratado de propiedad literaria con América, nada cobró el insigne dramaturgo.

En España ascendieron a una cantidad muy respetable los derechos de autor que percibió don Benito por las representaciones de *Electra*.

Entonces no existía la Sociedad de Autores, y la Galería Hidalgo era la que administraba las obras dramáticas de Galdós. Del libro editó Galdós treinta mil ejemplares que se vendieron.

Hablando de su célebre obra, recordó también D. Benito una nota triste. El notable actor Ricardo Valero que interpretaba muy bien el personaje de *Pantoja*, murió cuando *Electra* llegaba a la duodécima representación. Tomó parte en una función de beneficio que se celebró en Apolo y a la salida sufrió un enfriamiento que no pudo resistir su quebrantado organismo y falleció a los pocos días.

Le sustituyó el actor Valarino.

Por último pronunció Galdós frases de gran elogio para Matilde Moreno por la creación que hizo de *Electra*.

También alabó muy expresivamente el trabajo de Fuentes y de otros artistas de la compañía que estrenó la obra.

La redacción del *Heraldo de Madrid* regaló a Matildita la preciosa muñeca que sacaba en la comedia.

CAPITULO XV

LAS ÚLTIMAS OBRAS

“Alma y vida”.— *“Mariucha”*.— *Otro éxito brillantísimo*.— *“El abuelo”*.— *“Pedro Minio”* y *“Casandra”*.

Después del inolvidable éxito de *Electra*, continuó Galdós escribiendo como siempre, apartado de las luchas, alejado de los apasionamientos, en el retiro de su despacho de Madrid o de su casa de Santander. Hombre austero, agradecía los homenajes y las manifestaciones de la opinión pública, pero no influían en su ánimo ni le sacaban de su apartamiento. Siguió trabajando en silencio, intensamente, aumentando con sinceras y honradas producciones su fecunda labor.

El 9 de abril de 1902 estrenó en el Español *Alma y Vida*. Ya no formaba parte Paco Fuentes de la compañía que actuaba en el citado coliseo. Los principales artistas eran Matilde Moreno, Ana Ferri, Emilio Thuiller y Donato Jiménez.

La obra gustó y tuvo un éxito franco. Amalio Fernández hizo para ella un decorado lujosísimo. El vestuario fue también magnífico.

Los enormes gastos que suponía poner en escena *Alma y Vida*, fueron la causa de que no se haya vuelto a representar.

Al año siguiente escribió Galdós *Mariucha*, obra que entregó a la compañía de María Guerrero y Fernando Mendoza, que comenzaban entonces a realizar una

brillante tournée por varias poblaciones de España.

El día 16 de julio de 1903 estrenaron dichos artistas la nueva producción dramática de don Benito, en el teatro Eldorado de Barcelona.

Tuvo buen éxito.

Después la compañía hizo campañas en Lérida, Murcia, Cartagena y Alicante y en todas estas poblaciones estrenó *Mariucha* con el mismo satisfactorio resultado.

En Barcelona, Lérida, Murcia y Cartagena asistió Galdós al estreno de su obra, siendo aclamado por el público.

Cuando en noviembre del mismo año regresaron a la Corte María Guerrero y Fernando Mendoza y comenzaron a actuar en el teatro Español, dieron a conocer al público madrileño la última producción del gran dramaturgo.

El estreno se verificó en noviembre de 1903. El éxito fue satisfactorio, aun cuando el público aristocrático la recibió con bastante frialdad. De todos modos, gustó más en Barcelona que en Madrid.

El domingo de Carnaval, 14 de febrero de 1904, estrenó la misma compañía en el teatro Español *El abuelo*. Después de *Electra*, ésta es la obra de Galdós que obtuvo más franco y brillante éxito. Gustó muchísimo y durante toda la noche no cesó el público de aplaudir y aclamar al autor.

El lunes, martes de Carnaval y miércoles de Ceniza se representó por tarde y noche, con llenos enormes.

Fernando Mendoza hizo una verdadera creación del león de Albrit. Así lo oímos de labios de D. Benito. Las niñas fueron interpretadas con gran acierto por Nieves Suárez y Margarita Colorado. Felipe Carsi logró un éxito completo desempeñando el papel de *Don Pío Coronado*.

El abuelo duró mucho tiempo en el cartel del teatro Español. Todas las compañías dramáticas de provincias la pusieron después en escena con brillantísimo éxito y aún continúa y continuará muchos años representándose en los teatros de España como obra de repertorio.

El 7 de noviembre de 1905 se verificó en el teatro de la Comedia, donde actuaba la compañía de Rosario Pino y Enrique Borrás, el estreno de *Amor y Ciencia* que gustó mucho y se representó bastantes noches lo mismo en Madrid que en provincias.

El 28 de marzo de 1905 estrenó en el Español la compañía de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, *Bárbara*, obra que había escrito Galdós en 1903.

El éxito que obtuvo fue solamente regular. Mayor hubiéralo alcanzado de no haber ocurrido cosas íntimas que D. Benito no creyó oportuno detallarnos.

El 15 de diciembre de 1908 se verificó en la Comedia el estreno de *Pedro Minio* y el 28 de febrero de 1910 la compañía del Es-

BENITO PÉREZ GALDÓS, EL CANARIO MÁS UNIVERSAL

pañol dio a conocer al público *Casandra*, adaptación teatral de la novela del mismo nombre, obras que obtuvieron éxito muy halagüeño.

Recientes están los juicios que la prensa y el público hicieron acerca de las citadas obras y no es, por lo tanto, necesario que los reproduzcamos en estas líneas.

Pedro Minio se estrenó en Lara y, aunque tuvo buen éxito, la empresa no creyó conveniente volverla a representar en temporadas sucesivas, determinación poco acertada, porque con ella se complacía a reducido y caprichoso público, pero no se guardaba respeto alguno a las buenas letras.

CAPITULO XVI

CONCEPTO LITERARIO

Ideal de su musa.— El arte, maestro de la vida.— Los contemporáneos.— Galdós, académico.— La novela.— Galdós no es rico.— El premio Nobel.

¿Qué opinión tiene usted, D. Benito, acerca de la literatura?

Galdós subióse las gafas, contestándonos:

—No comprendo bien la pregunta.

—Queremos decir si es usted partidario del arte por el arte.

—No, jamás. Creo que la literatura debe ser enseñanza, ejemplo. Yo escribí siempre, excepto en algunos momentos de lirismo, con el propósito de marcar huella. *Doña Perfecta*, *Electra*, *La loca de la casa*, son buena prueba de ello. Mis *Episodios Nacionales* indican un prurito histórico de enseñanza. En pocas obras me he dejado arrastrar por la inspiración frívola.

Hacemos una pausa. Después le preguntamos al gran maestro su opinión acerca de los literatos antiguos y modernos.

—De los antiguos, todos, todos me seducen. ¡He aprendido en ellos tantas maravillas! Los actuales..., muchos y buenos. Benavente me encanta como dramaturgo. Es tan admirable como cualquier astro de otros días y de otros países. Los hermanos Quintero me inspiran también una profunda simpatía. ¡Tienen una gracia tan española, y son pincel tan justo para reflejar las ideas ingenuas! También me gusta Valle-Inclán, Baroja, Palacio Valdés, Ricardo León, Pérez de Ayala... Y no digamos nada del gran Menéndez Pelayo a quien quiero y admiro sinceramente. ¡Como que fue mi contestador en el discurso de ingreso en la Academia Española!

—¿Cuándo ingresó usted en ella, D. Benito?

—El 7 de febrero de 1897. Mi discurso versó sobre el tema "La sociedad presente

como materia novelable". Me contestó, como ya dije, Menéndez Pelayo. Dos domingos después le contesté yo a mi entrañable amigo Pereda, que ingresó aquel día.

—¿Va usted mucho por la Academia?

—Nada. Y miren ustedes. He sido poco asiduo. La distancia, la hora intempestiva de las sesiones...

Después, pasamos a preguntarle su opinión acerca de la novela actual.

Galdós conoce poco de lo modernísimo. Es algo escéptico. Cree, y con sobrada razón, que se escribe mucho, demasiado, pero que se hace con prisa, para salir del paso.

—Y ahora, D. Benito, ¿ha ganado usted mucho con sus obras?

Galdós y la Academia * Petición del Premio Nóbel para el gran escritor

Don Benito movió la cabeza con cierta melancolía.

—He ganado algo.

—Rodrigo Soriano escribió una vez que había ganado usted un millón de pesetas.

—¡Un millón de pesetas! ¡Qué atrocidad! Mucho menos, muchísimo menos. En España se lee poco. Y ahora menos mal. Ahora va creándose el público español la hidalga necesidad de comprar libros. ¡Antes! Antes sólo se compraban las novelas por entregas en las que se engañaba al vulgo y con las que se enriquecieron algunos editores.

—Y diga usted, D. Benito, ¿qué obra le ha producido más dinero?

—*Electra* sin duda alguna. Del libreto vendí treinta mil ejemplares. Ya es algo. Por derechos de representación cobré también bastante. Pero entonces no estaba aún bien constituida la "Sociedad de Autores". Si hubiera sido ahora, en que no queda partida sin abonar, hubiese cobrado, como ya les dije a ustedes en otra ocasión, una enormidad de pesetas.

—De modo, D. Benito, que la riqueza no ha venido a llamar a sus puertas augustas...

—No. Gané para vivir con holgura. No es poco. Ni ambicioné más. Nunca tuve el arte como medio de granjería. Aunque el arte no me hubiera producido nada, hubiera sido esclavo del arte. ¡Da tantas alegrías, y tantas satisfacciones! El dinero viene como de añadidura. Yo mismo les escribiré un capítulo para su libro, contando lo que me han producido mis obras.

Al final encontrará el lector ese capítulo hecho por Galdós.

Luego, abordamos la cuestión del premio Nobel. El premio Nobel ha sido de-

mandado a la Academia de Estocolmo, en petición espontánea por miles de españoles. Pocos hombres se lo merecen tanto. Si el premio Nobel se ha fundado para los grandes creadores que fueron buenos, enamorados del prójimo aun con todas sus flaquezas, para las vidas gigantes y laboriosas, ¿quién podrá en Europa creerse superior a nuestro gran D. Benito?

Algunos de esos que hacen bandera política con todo y por todo, han protestado, antipatrióticos, antirracionales contra el premio para Galdós, fundados en que Galdós es republicano y "amigo de la populachera".

Esto es insensato. Esto es ridículo. Esto es antiespañol. El premio no ha sido pedido para Galdós como jefe de la conjunción

republicano-socialista, sino como autor insigne de tantas hermosísimas obras. Disputarle, en este terreno, méritos a Galdós, es bufo, por no decir, criminal. Alzar a Menéndez Pelayo como banderín adverso, es un fratricidio. Menéndez Pelayo es otro gran español para quien hay que pedir también el premio Nobel. Se lo merece lo mismo que Galdós. Ponerlos en pugna al uno con el otro, protestar ante el extranjero de que a D. Benito se le conceda premio tan bien ganado, es llevar fuera de la Patria torpes convencionalismos. Maura, el insigne, el sincero, el genial, D. Antonio Maura firmaría de buena gana —nos atrevemos a creerlo así de mano tan desapasionada y tan justa—, la petición para su amigo D. Benito. Nosotros la hemos firmado también, modestamente. Como firmaremos mañana con igual entusiasmo otra en homenaje de admiración entusiasta para D. Marcelino. Nosotros les llamaríamos mentecatos a los irascibles que hubieran sacado en andas a Galdós, en el caso de haber sido pedido el premio para Menéndez Pelayo con anterioridad, fundados en que éste es un escritor católico.

Y además, ¡qué alegría tan grande había de producirle al glorioso viejo, verse agasajado por el mundo! Sería un saludo de todas las banderas ante el querido trapo rojo y amarillo.

Como prueba del espíritu de tolerancia de Galdós, de los nobles vínculos que cree deben estrechar a los escritores ilustres aunque profesen ideas contrarias y de respeto a las doctrinas, publicamos más adelante en otro capítulo el admirable prólogo que el autor de los *Episodios Nacionales* puso a la hermosa novela de Pereda titulada *El sabor de la tierra*.

Nosotros, cuando le hablamos a Galdós del premio Nobel, sonrió con un poco de esperanza, con un poco de desengaño...